

Suboficiales en la Historia

Por: Miguel PARRILLA NIETO
(Subteniente de Ingenieros)



JOSE ORDAS RODRIGUEZ

• Suboficial de Ingenieros

**SANGRE EN LA GUERRA DE LA PAZ
... AMANECIO EL 24 Y APENAS SONARON LOS
PRIMEROS TOQUES DE CORNETA LLAMANDO A
FORMACION...**

EN el primer cuarto de este siglo y, particularmente desde «la semana trágica», las manifestaciones antimilitaristas se sucedieron con frecuencia en todo el territorio nacional. Bajo el argumento de reivindicaciones sociales, líderes políticos cuyos nombres e

ideologías no tienen cabida en esta narración, levantaron a las masas contra toda forma del poder instituido y como quiera que el hecho más idóneo para ejercer como espoleta era la «sangría» de la Guerra de África, cada nuevo contingente de tropas con destino a Marruecos

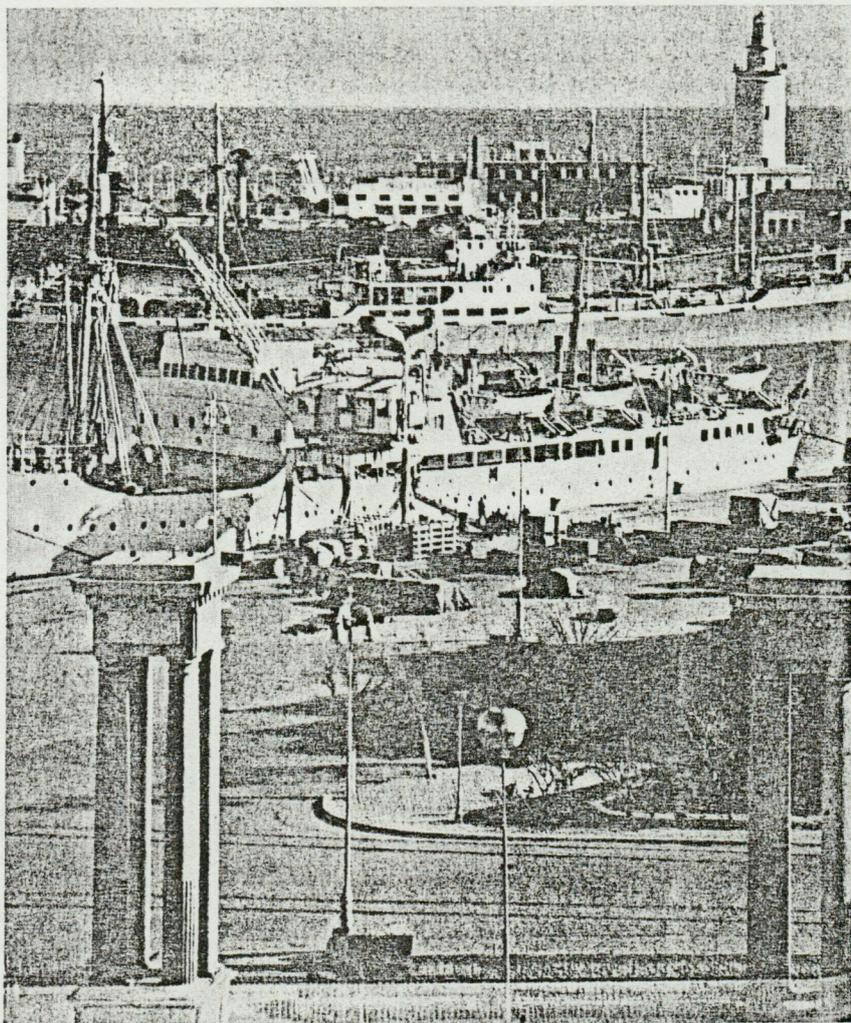
se utilizaba sistemáticamente como bandera del inconformismo.

Pese a las medidas de precaución adoptadas por la Armada y unidades de Tierra con guarnición en las plazas portuarias, los problemas de embarque se hacían cada vez más numerosos y de difícil solución. Una vez era un acto terrorista el que intentaba retrasar la salida de un convoy, otras, algaradas callejeras de fuerte impacto psicológico para soldados y familiares; con frecuencia se recibían amenazas de atentado en las oficinas de Gobiernos y Comandancias de Marina y siempre, invariablemente, al son del pasacalles, desprendíanse las amarras y tras el silencio reservado al volandeo de pañuelos entre cubierta y tierra, silbaba la sirena en emisión sonora de un adiós de adioses cargados de incertidumbres y zozobras.

En uno de aquellos embarques, concretamente el que desde Málaga partiría hacia Melilla el 24 de agosto de 1923, ocurrió el hecho que inmortalizó para nuestra particular historia al suboficial de Ingenieros D. José Ordás Rodríguez, jefe de la vigilancia en los muelles del puerto andaluz.

Durante toda la jornada del día 23, las Fuerzas de Orden Público venían disolviendo grupos de clara intencionalidad perturbadora, pintadas, gritos, pancartas y consignas diversas, como ingredientes precursores de una manifestación clamorosa que habría de paralizar la vida de la ciudad, precisamente al día siguiente, el previsto para la salida de los nuevos soldados.

Amaneció el 24 y apenas sonaron los primeros toques de corneta llamando a formación, por las calles aledañas al paseo marítimo, comenzaron a congregarse grupos que se fundían entre sí hasta constituir una riada humana vociferante e iracunda. La Guardia Civil hizo ac-



Vista del Puerto de Málaga

...FUERA, EN LA CALLE, SE PRODUCIAN LOS PRIMEROS Y MAS PROXIMOS ENFRENTAMIENTOS ENTRE ALGUNOS GRUPOS Y LA FUERZA PUBLICA; PERO EL GRUESO SALTABA YA LAS REJAS DEL MURO...

to de presencia. En algunos puntos la concentración se consiguió disolver para volverse a agrupar inmediatamente con redoblada violencia, y formando masa, entre agentes del orden desbordados, cruzaron el paseo marítimo y acometieron contra la verja del recinto por-

tuario en busca de la puerta de acceso a los muelles de carga.

Ordás, pendiente de los movimientos de la muchedumbre, afirmó la entrada, apostando a los soldados de vigilancia a lo largo de la verja, a la vez que mandaba un avi-

so a los andenes para poner al tanto de la situación a la autoridad responsable del embarque.

Fuera, en la calle, se producían los primeros y más próximos enfrentamientos entre algunos grupos y la Fuerza Pública; pero el grueso saltaba ya la rejas del muro e intentaba, desde otro frente, derribar la puerta. Y al fin, desprendida de sus goznes, cayó una de las hojas y con ella, la oleada de seres iracundos quedó suspensa entre la línea, inexistente ya, de lo prohibido y lo posible.

Sólo una imagen, apenas poco más que un símbolo, impedía franquear la inmaterial barrera; era un hombre, sólo uno, vestido de uniforme y con la faz serena mirando el rostro a cada uno de los asaltantes.

cuerpos que se contraía indecisa frente al arrojo de un solo contrincante.

Los soldados situados a lo largo de la verja, habían sido neutralizados y desposeídos del machete, úni-

Abriose un hueco entre los agresores. Ordás aún permaneció en pie durante unos segundos. Vaciló en un traspies y finalmente cayó al suelo, ahogado en espumoso vómito de sangre rojinegra.

Con el rostro golpeado contra las piedras del adoquinado, José Ordás tal vez alcanzó a ver cómo una compañía avanzaba procedente de uno de los muelles, si así fue, sería la última imagen que impresionara su retina, porque los manifestantes, en su huida, como una manada de alimañas pisoteáronle con saña hasta convertir su cuerpo en un exanguie amasijo de músculos y huesos destrozados.

El cadáver de José Ordás fue trasladado a la Comandancia del puerto donde fue amortajado con la bandera nacional. Aquel mismo día, la prensa de Málaga daba la noticia de un fallido intento de ocupación del puerto por masas de manifestantes, intento que pudo ser culminado con éxito a no ser por «la heroica resistencia de un Suboficial del Ejército».

Un año más tarde, con motivo de un funeral celebrado y presidido en grupo por sus compañeros, el nombre de José Ordás Rodríguez aparecía, juntamente con su fotografía, en la revista «vida militar», publicación de las clases de segunda categoría, como entonces se denominaba a los suboficiales.

Aquellos sargentos y brigadas del año 24, hicieron una semblanza del compañero muerto y supieron apreciar el honor que con su heroico comportamiento les había legado un hermano más, entre los encuadrados en las filas del Ejército Español.

... ESGRIMIENDO UN MACHETE DE LOS ARREBATADOS A LA VIGILANCIA, HUNDIO HASTA EL POMO LA HOJA ACANALADA, EN LA ESPALDA DEL SUBOFICIAL ORDÁS.

Sin otras armas que la persuasión de su presencia, Ordás trató de contener lo incontenible y por momentos pareció lograrlo, mas; alguien, amparado en el valor incógnito del grupo, increpó con torpe lengua al Suboficial y como si la voz desconocida hubiese roto el circuito que mantenía en suspenso la cobardía frente a la nobleza, una piedra, lanzada desde cualquier parte, hirió en la frente al único defensor de aquel acceso al puerto.

Siguieron a esta inicial agresión una lluvia de adoquines y objetos diversos, para dar paso a un dinamismo animal por parte de la avalancha de confusos atacantes.

Ordás con la vista nublada por la sangre, pasó a la acción, y como quiera que no era precisamente un alfeñique, a golpes de puño tumbó a los más próximos agresores, conteniendo así, por segunda vez, aquella especie de hidra de mil

ca arma que portaban. Por momentos llenábase de hombres el recinto. Gentes que incomprensiblemente no avanzaron hacia el interior, en dirección al embarcadero, sino que agrupándose, arremetieron contra Ordás, quien con todas las fuerzas físicas de su organismo concentradas en las extremidades, impedía que las masas de la calle penetraran en el puerto a través del hueco cuya puerta habían logrado desprender.

Entre el empuje doble de un frente numeroso y una siniestra retaguardia, Ordás se vio rodeado, envuelto por tentáculos informes que estrangulaban el latir, descompasado ya, de un ser humano al borde del derrumbamiento. De los atacantes, alguno que amparaba sus instintos criminales en el valor dudoso de las ideologías, esgrimiendo un machete de los arrebatados a la vigilancia, hundió hasta el pomo la hoja acanalada, en la espalda del Suboficial Ordás.